

Los nuevos monstruos

Por: Marcela Kupfer

¿Cuál es el origen del miedo? Pienso: el terror no es inherente a un objeto en sí mismo, sino que yace en nosotros y en nuestras experiencias. Así, por ejemplo, la película “El exorcista”, que me provocó pesadillas durante mi infancia –aun en la versión ultra censurada de TVN-, hoy me parece una cinta algo sosa y recargada, carente de la capacidad de provocarme escalofríos. Hoy son otras las experiencias que me aterrorizan y creo, sin asomo de soberbia, que a nuestra sociedad también. Así como ya hemos enterrado algunos monstruos clásicos del cine –¿quién le teme a un vampiro, a una momia o a un zombi hoy en día?-, también hemos dejado atrás algunos temores sociológicos, como el miedo a la tercera guerra mundial o al sida. Otros monstruos han ocupado su lugar: en el cine, los seres humanos inadecuados e inquietantes nos ponen los pelos de punta –como en “El sacrificio del ciervo sagrado” o “Midsommar”-; y en la vida real, terrores tangibles como el calentamiento global y la violencia de género concitan nuestras preocupaciones.

Parte de ello es lo que retrata el breve relato “Mal viaje” (2019), escrito y dirigido por Leopoldo Muñoz (1973). La historia es simple: dos amigas pasan un fin de semana en una cabaña en la playa. En una noche de excesivo consumo de alcohol y sustancias, una discusión por ver la película “El exorcista” deriva en lo que en lenguaje coloquial llamaríamos una “volada del terror”. Pero lo que hace Muñoz, en realidad, es provocar un desplazamiento del eje del miedo, desde aquel clásico filme ya algo trasnochado, a una realidad encerrada entre cuatro paredes que resulta verdaderamente escalofriante: el acoso sexual, la verdadera raíz del miedo. Ocurre que, a medida que avanza la noche, la fraternal relación de las dos amigas se va desdibujando en una incómoda secuencia de acoso, donde una de ellas promueve la embriaguez de la otra con el fin de acceder sexualmente a ella, pese que esta consistentemente se niega a sostener un encuentro íntimo. “El exorcista” es apenas un pretexto para un cuadro mucho más sórdido e intimidante, que lleva a la víctima a escapar de la cabaña, intoxicada y apenas vestida, por los solitarios parajes del litoral, tratando de alejarse de su atacante. El hecho de que ambas protagonistas sean mujeres no cambia un ápice la oscura y a veces solapada dinámica del acoso, tantas veces repetida desde hombres hacia mujeres y, también, entre parejas de hombres. Para Muñoz, el miedo radica en el hecho monstruoso, más allá de la forma que adquieren sus protagonistas.

Con una realización sencilla y acertados guiños al género –al fin y al cabo, estamos viendo un filme de terror, ¿no?- Leopoldo Muñoz logra, en breves 11 minutos, hacernos sentir la necesidad de meternos bajo la sábana y cerrar los ojos, deseando que el monstruo se vaya.